

EL TÓPICO DEL INCENDIO EN LA ÉPICA SOBRE LA GUERRA DE ARAUCO: UNA MIRADA CRÍTICA A LA CONQUISTA DE CHILE¹

THE TOPIC OF THE URBAN FIRES IN THE EPIC ON THE WAR OF ARAUCO: A CRITICAL VIEW OF THE CONQUEST OF CHILI

María Gabriela Huidobro S.
Universidad Andrés Bello
mhuidobro@unab.cl

RESUMEN

El presente artículo analiza los pasajes contenidos en los poemas épicos sobre la guerra de Arauco, que relatan los incendios urbanos en el sur de Chile en el siglo XVI. A partir de ello, se propone que estos relatos se inspiraron en el tópico de los incendios ofrecido por la tradición clásica, para magnificar la destrucción de las ciudades y amplificar los alcances de la derrota española, cuya responsabilidad recaería en los mismos conquistadores.

PALABRAS CLAVE: Tradición clásica, Guerra de Arauco, incendios urbanos.

ABSTRACT:

The present article analyzes the passages in the epic poems on the war of Arauco that report the urban fires in the south of Chile, in the context of the war of Arauco in the 16th century. From it, we propose that these statements were inspired by the topic of the fires offered by the classical tradition, to praise the destruction of the cities and to amplify the scopes of the Spanish defeat, which responsibility would relapse into the conquerors themselves.

KEY WORDS: Classical tradition, War of Arauco, Urban fire.

Recibido: 4 mayo 2013 Aceptado: 12 septiembre 2013

¹ Este artículo forma parte de la investigación desarrollada en el marco de la tesis doctoral titulada Tradición clásica en el corpus épico sobre la guerra de Arauco (2011), presentada en el Instituto de Historia de la Pontificia Universidad Católica de Chile.

El estudio de la guerra de Arauco en el siglo XVI, supone la consideración de los poemas que versaron contemporáneamente sobre ella. Después de todo, la memoria histórica y cultural sobre dicho conflicto está fuertemente influida por los tonos épicos que *La Araucana* de Alonso de Ercilla forjó para su representación, y que continuarían Pedro de Oña, en *Arauco domado*, Diego Arias de Saavedra, a través de *Purén indómito*, y el anónimo autor de la obra conocida como *La guerra de Chile* (1610).

La singularidad del retrato que estas obras ofrecen sobre la guerra de Arauco no puede valorarse sólo desde sí mismas, sino en cuanto se vinculan a una tradición literaria e historiográfica que se remonta a la épica antigua grecorromana, cuya influencia debe considerarse para la comprensión cabal de estos poemas.

La vigencia y pertinencia de la tradición clásica constituye un fenómeno frecuente y evidente en las letras de la conquista de América en el siglo XVI, que se explica en razón de la cultura humanista del Renacimiento español, y por la confluencia de otros factores históricos que determinaron la cosmovisión cultural del siglo XVI hispano. Después de todo, el descubrimiento y la conquista de América tuvieron lugar en el apogeo del humanismo europeo, y es la interrelación coyuntural de ambos factores la que explicará la cosmovisión y el ánimo que inspira la producción literaria e historiográfica de la época (Kohut 475)².

Por este motivo, entre los géneros que cobraron fuerza en el Siglo de Oro español destacaron los poemas épicos, cuyos temas, motivos y tonos configuraban un universo discursivo que se prestaba para ser apropiado por el imaginario hispano en el contexto de la conquista de América y, particularmente, de la guerra de Arauco³.

La singularidad del conflicto en el sur de Chile, dada por su condición periférica, su excesiva violencia y la incertidumbre sobre su desenlace, debió evocar en los viajeros y soldados europeos, las hazañas y tragedias de los héroes grecorromanos, cuyas gestas conocían por la lectura de los clásicos rescatados en el contexto humanista⁴.

² Tal como indica Armando Petrucci (13), el siglo XVI representó un periodo decisivo para el crecimiento de las prácticas de leer y de escribir en toda Europa, que en el caso de España se acompañaría de la expansión imperial que influiría en el desarrollo literario de la época.

³ Chevalier (105) sostiene que la épica culta triunfó en España entre 1550 y 1650, tanto por la cantidad de ediciones como por el número de compradores, interesados en las hazañas de su tiempo: aquellas de España como imperio cristiano o las de quienes se aventuraban en navegaciones y en la conquista de nuevas tierras. Tal como señala Anthony Grafton (321-330), el mundo medieval no desconocía las obras de la Antigüedad, pero las formas de lectura eran diferentes a las que se proponían para el siglo XVI, cuyos motivos mantenían una consonancia con el imaginario grecolatino.

⁴ La admiración y el cultivo de las obras de la Antigüedad en el siglo XVI español, puede comprobarse tanto en la edición, impresión y traducción de éstas, como en la producción de textos originales que se inspiraban en las primeras. El hecho de que sea posible hablar de cientos de

En este sentido, no es casual que parte importante de los testimonios escritos sobre los primeros años de los españoles en Chile, se haya compuesto en versos épicos inspirados en los modelos clásicos. Las obras de Homero, Virgilio y Lucano sentaron un canon que ofreció técnicas, tópicos y arquetipos sobre la base de los cuales los poetas podrían representar la conquista del Nuevo Mundo, con el sentido y valor que debieron percibir en los hechos, a través de sus propias experiencias.

Sin embargo, el corpus épico sobre la guerra de Arauco no acaba en la imitación mecánica de los modelos literarios y culturales dictados por la tradición clásica. Los poetas se inspiraron a la vez en las particulares circunstancias del conflicto que relataron, que debía mantener su condición histórica y verosímil. Así, las obras grecorromanas no impusieron un modelo prescrito, sino que constituyeron un referente que fue objeto de apropiación por los autores hispanos para forjar un discurso singular, que debía representar la excepcional situación del sur de Chile a fines del siglo XVI.

Desde esta perspectiva, algunos tópicos de la épica antigua fueron integrados y reelaborados por los autores que poetizaron la guerra de Arauco, atendiendo a los códigos o formas narrativas que la tradición había consolidado, para cargar de sentido a ciertos acontecimientos narrados⁵.

Así, los tópicos constituyeron en estos poemas, pasajes que sin atarse a una imitación estricta, se inspiraron en un modelo estereotipado en base a la organización de ciertos detalles, para recrear escenas históricas específicas con motivos en común. Lo que entonces parecía buscarse a través de su desarrollo, no era sólo una asociación intertextual que confiriera validez literaria a la obra reciente, sino dotar de sentido, amplitud o relevancia a la materia histórica cantada (Lausberg 56). La presencia de tópicos clásicos en estos poemas podría entenderse así como el fundamento a partir del cual su argumento histórico se organizaba, comprendía y representaba. Al narrar acontecimientos particulares a partir de códigos comunes, la significación de los primeros podía ampliarse, universalizarse y pasar a formar parte de un espacio compartido con sus referentes literarios y culturales: “Implied or direct comparison to antiquity was, then, the principal method through which America became significant and comprehensible to the Europeans of the sixteenth century” (Gerli 83).

publicaciones, confirma no sólo el interés de letrados, traductores y escritores por revalorar las obras del mundo antiguo, sino también la existencia de un universo no despreciable de lectores, que justificaba el esfuerzo de la producción literaria (Chevalier, 1976. Menéndez y Pelayo, 1902: I-II. Beardsley, 1970. Grismer, 1949; Micó, 2004. Gómez Moreno, 1994: 133-152, 242-258).

⁵ Entendemos por tópico aquello que Pierre-Jean Miniconi define como tema, “le cadre d’un développement descriptif, narratif ou psychologique qui se retrouve chez plusieurs auteurs avec une orchestration diferente (sans que la reencontré paraisse fortuite)” (11).

Aun cuando podrían parecer recursos de estilo, los tópicos se explicarían por los principios, ideas y valores que éstos retratan o simbolizan, ofreciéndose como instrumentos para alcanzar una visión de los acontecimientos históricos, moldeados a partir del patrón ofrecido por los clásicos.

Ése es el contexto epistemológico en el que se inscribe el fenómeno de proliferación de imágenes durante la Conquista. Un contexto en el que descubrir equivale a desentrañar las analogías entre lo que se ve y lo que se sabe, y en el que conocer la realidad es parte de un proceso de reconocimiento de las coordenadas del imaginario europeo y de los motivos de la tradición literaria occidental en un ámbito ajeno. Un proceso de familiarización, no de enajenación (Pastor 56).

En el análisis de los tópicos surge así una manifestación del esfuerzo de los poetas por comprender y explicar la novedad de sus experiencias a partir de códigos que les resultaran propios. De esta manera, los poemas constituyen una fuente valiosa para conocer las vivencias y experiencias culturales de sus autores frente al proceso de la guerra de Arauco.

Así, pueden abordarse diversos pasajes en los poemas épicos sobre la guerra de Arauco, que constituyeron objetos temáticos comunes a este corpus literario. Entre ellos cabe destacar el tópico del incendio, tema desarrollado en *La Araucana* y *Purén indómito*⁶, y que pese a presentarse en apariencia, desde una perspectiva descriptiva marcada por el rigor histórico, se ordena sobre la base de una estructura que remite al canon propuesto por las epopeyas grecorromanas para la ampliación de su sentido discursivo.

EL TÓPICO DE LOS INCENDIOS

Tanto la historia como la literatura de la Antigüedad dejaron memoria de incendios que inspiraron la generación de un tópico para la tradición épica. Troya ardiente, las llamas de Cartago, y Roma quemándose a la vista de Nerón, han trascendido en el imaginario literario y parecen fundar un modelo a partir del cual, episodios similares han sido relatados.

Sin embargo, el tema de los incendios no constituyó solo un referente estilístico, sino un recurso que además de prefijar las formas narrativas con las que hechos similares serían descritos, dotaba de una carga simbólica a los mismos acontecimientos. Así,

⁶ *Purén indómito*, del soldado Diego Arias de Saavedra, fue escrito a comienzos del siglo XVII. El poema versa sobre el asedio araucano a las ciudades españolas del sur de Chile, tras haber dado muerte al gobernador Martín García Oñez de Loyola (diciembre de 1598). El argumento se centra en la crisis y padecimientos de los colonos hispanos atestiguados por el poeta (Almeyda 11-14).

los incendios descritos en los poemas sobre la guerra de Arauco evocarían a los más clásicos episodios de la historia antigua, para dotar de sentido a los acontecimientos testimoniados por los poetas, sobre la base del simbolismo que ciertos incendios, como el de Troya y el de Roma, habrían tenido en su época y para el imaginario grecorromano.

La *Eneida* inauguró las formas narrativas y definió la carga simbólica de este tema, constituyéndose a lo largo de la tradición literaria en el modelo descriptivo y discursivo para la imitación o evocación de estos pasajes⁷. Gran parte del libro II se enfoca en la descripción detallada del saqueo y destrucción de Troya a manos de los aqueos, en medio de la cual se desarrolla el incendio. El relato se concentra descriptiva y simbólicamente en el contraste entre su antigua gloria y las ruinas presentes, que parecen sentenciar la pérdida definitiva de todo apogeo pasado.

La narración virgiliana se ordena a partir de la descripción de una calma inicial en la ciudad, producto del sueño y del vino que la invaden (*Aen.* II, 265), y que contrastará con la posterior confusión y fragor que causarán el saqueo y el fuego, que parece llegar hasta el cielo (*Aen.* II, 298 y 313). La ruina de la ciudad se hace manifiesta en la caída de los ricos edificios por obra del fuego de Vulcano, que se describen dando énfasis a su lujo anterior (*Aen.* II, 310). Se trata de una imagen patética, cuya tragedia cobra fuerza en los lamentos de Pantus, que llora el pasado de Troya (*Aen.* II, 325), y de Eneas, quien se hace eco de estos lamentos para reforzar este contraste: “¿Quién de esa noche pintará el estrago, o igualará con lágrimas su duelo? ¡Viénesse a tierra la ciudad antigua, la que por tantos años fue señora!” (*Aen.* II, 631).

Troya se desploma, dice el narrador, como un viejo olmo (*Aen.* II, 624), quedando a merced de la codicia de sus saqueadores, que se desbandan por las calles y que se apoderan de todo tesoro: el oro que recuerda el rico pretérito de Ilión, se hace presa de la ambición de los aqueos (*Aen.* II, 764).

La caracterización se concentra en aquellas imágenes que dan cuenta de la diferencia entre un pasado esplendoroso, un presente trágico y un futuro incierto, contraste causado por el descuido de los habitantes y la ambición de sus enemigos.

⁷ El tema del incendio en la épica halla sus antecedentes en la *Iliada*, cuando Héctor y sus hombres inician el fuego en una de las naves aqueas e intentan que éste se propague a las demás (II. XVI, 122 y ss.). No obstante, este pasaje origina otro tipo de incendios que también será desarrollado por Virgilio (*Aen.* V), y que se refiere a la quema de naves. Tal pasaje también puede ser analizado para hallar en él ciertos principios narrativos para la conformación de un tópico, pues el mismo Lucano retoma este modelo (Ph., III, 680-688; X, 491-503). Sin embargo, no nos detendremos en él, por no haber tenido mayor presencia en los poemas sobre la guerra de Arauco. La excepción se halla en la descripción que Ercilla realiza sobre el fuego que se enciende en algunas naves que combaten en Lepanto (*La Araucana*, XXIV, 57-58), y que evoca los versos de *Farsalia* recién aludidos (Bettin 407-411).

A partir de estas notas, el pasaje sentaría un modelo descriptivo y simbólico que serviría de referente para narrar acontecimientos dotados de un sentido similar, en base a estas fórmulas estereotípicas (Bettin 407). Así, más allá de los términos con los que se describe el saqueo y el incendio de una ciudad, el discurso sugiere la imagen de un mundo en ruinas, víctima de la violencia y de la codicia de sus enemigos, luego de haber vivido un pasado glorioso. El tono que adopta es siempre trágico y sus lamentaciones se proyectan tanto a la violencia del momento como a la responsabilidad que cabría para las víctimas, quienes confiadas, habrían des-cuidado sus dominios. En la crisis del momento se concentrarían de este modo, las tensiones de un pasado que se evoca con nostalgia y la perplejidad ante un futuro que se sabe incierto.

La escena del incendio de Troya en la *Eneida* habría sentado un precedente que no sólo puede comprenderse en relación a su estructura narrativa y a sus recursos literarios, sino también a una carga simbólica que, a través de sus fórmulas narrativas, serviría como modelo para la construcción de escenas que inspirasen una valoración similar.

TRADICIÓN CLÁSICA EN EL RELATO DE LOS INCENDIOS EN LA GUERRA DE ARAUCO

La Araucana y *Purén indómito* relatan incendios que se ordenan a partir de las formas narrativas de este tópico, confiriendo a los acontecimientos un sentido análogo al que los versos virgilianos proponían. Así, la incorporación del tópico habría servido a los cuestionamientos axiológicos sobre la guerra y el proceso de conquista, reflejando una perspectiva crítica de los poetas como testigos presenciales o indirectos del conflicto.

En este sentido, los poemas en cuestión han sido objeto de análisis dada la carga reprobatoria, o al menos cuestionadora, del discurso subyacente a sus relatos sobre la guerra de Arauco⁸. Si bien difieren en cuanto a los periodos narrados,

⁸ Ramona Lagos (40, 157-191) y Beatriz Pastor (538-540) proponen una relectura de *La Araucana*, advirtiendo la paradoja que subyace a la elección del género épico para relatar una historia trágica. Pastor habla de una desmitificación de la imagen de la conquista y Lagos nota una evolución del discurso al interior de *La Araucana*, que comienza cantando las proezas españolas hasta lamentar sus excesos. La misma observación es compartida por Jaime Concha (31-82) y Agustín Cueva (110, 29-40). La continuidad de este discurso crítico que se evidencia en *La Araucana*, es comprobable en el estudio preliminar de Mario Rodríguez a *Purén indómito* (93-124), que analiza su estructura literaria comprendiéndola por la visión pesimista del autor sobre el proceso histórico del que fue testigo (Rodríguez, “Estructura” 145-170; Rodríguez, “Un juego” 101-121). Igualmente, Eduardo Barraza (206-208) complementa estas observaciones, al notar signos de disidencia en *Purén indómito* que se opondrían al canon principal de la literatura sobre la conquista de Chile.

su objeto temático coincide, al tratar sobre hitos complejos y críticos del proceso histórico de la conquista de Chile. Mientras el argumento de *La Araucana* se inicia con la elección de Caupolicán como cacique y de Lautaro como general, con la consecuente muerte de Pedro de Valdivia, *Purén indómito* comienza con la muerte de Martín García Oñez de Loyola, que daría pie al proceso de pérdida del dominio español al sur del Biobío.

A partir de tales periodos conflictivos, los poetas cuestionan la posibilidad de que la empresa española esté necesariamente llamada a triunfar en Arauco. De acuerdo a estos autores, estos periodos de crisis habrían sido el resultado de los excesos de violencia cometidos por los soldados y encomenderos españoles, confiados en una aparente superioridad y movidos por el afán de poder y de riquezas.

Las reflexiones que abren el Canto III de *La Araucana*, tras haberse relatado la muerte de Valdivia y antecedendo la narración del incendio de Concepción, abordan precisamente dicha crítica, aludiendo al mal de la codicia:

¡Oh incurable mal! ¡oh gran fatiga,
con tanta diligencia alimentada!
¡Vicio común y pegajosa liga,
voluntad sin razón desenfrenada,
del provecho y bien público enemiga,
sedienta bestia, hidrópica, hinchada,
principio y fin de todos nuestros males!
¡oh insaciable codicia de mortales! (III, 1).

Las críticas fueron continuadas en un tono similar en *Purén indómito*. De ello son ejemplo los versos que Diego Arias puso en boca del cacique Pailamacho:

No les detiene más a esos hispanos
que la codicia grande del tributo,
que cobran de los míseros villanos
sin trabajo ninguno y a pie enjuto (III, 27, 1-4)⁹.

En este marco discursivo deben comprenderse los diversos tópicos y recursos utilizados por los autores para representar la guerra de Arauco con una valoración consecuente con sus propias percepciones. De este modo, la materia histórica descrita

⁹ Pailamacho habla de la inconsecuencia de los españoles, que predicán virtudes, pero que pecando de codiciosos, faltan a los diez mandamientos (III, 27-36). Por eso el poeta habla más adelante de la inconsecuencia de algunos cristianos que, con su mal ejemplo, dan a entender a los paganos la falsedad de su propia doctrina (IV, 1-8).

a partir del testimonio recogido por los poetas, como los incendios urbanos, fue estructurada en base a fórmulas narrativas que dieron un particular sentido a estos pasajes.

El primer caso lo constituye el saqueo e incendio de Concepción de 1554, que cierra el canto VII de *La Araucana*. Ercilla no fue testigo presencial de este episodio, que conoció sólo por testimonio indirecto, aun cuando describió con detalles lo ocurrido en esa oportunidad.

Tal como relata en *La Araucana*, los españoles habían sido derrotados en la cuesta de Andalicán y se habían visto forzados a abandonar la ciudad para huir a Santiago, temiendo a la agresividad y al ímpetu de los indígenas. Siguiendo las fórmulas del tópico, la ciudad se hallaba entonces a merced de sus enemigos. A diferencia de Troya, Concepción estaba deshabitada a la llegada de éstos, pero el furor con el que entran y destruyen todo a su paso es comparado explícitamente por el poeta con el ímpetu de los argivos al saquear Ilión:

No con tanto rigor el pueblo griego
entró por el troyano alojamiento,
sembrando frigia sangre y vivo fuego,
talando hasta en el último cimiento
cuanto de ira, venganza y furor ciego,
el bárbaro, del robo no contento,
arruina, destruye, desperdicia
y aun no puede cumplir con su malicia (VII, 48)¹⁰.

El saqueo se sigue luego del incendio de Concepción. Las imágenes de la ira del fuego cobran fuerza cuando el narrador afirma que “treme la tierra en torno, el fuego brama” (VII, 55, 5). El mismo Vulcano es también mencionado para reforzar

¹⁰ La descripción se sigue de símiles que recogen figuras utilizadas por Virgilio (*Aen.* I, 430 y ss.; IV, 40 y ss.), y que se detienen a observar la actividad sin pausa de los indígenas que ocupaban la ciudad, asemejándolos a la actividad de las colmenas y de las hormigas (*La Araucana*, VII, 50 y 53). Los símiles, sin embargo, no se introducen para enaltecer los esfuerzos de los araucanos. Por el contrario, se intercalan con la mención de la codicia, que mueve a cada indígena a reservarse los mejores tesoros sin miramiento por sus compañeros. Es esa misma codicia y violencia de la que Virgilio hablaba cuando describía la acción de los argivos (*Aen.*, II, 763-765). Esta observación es la que, para Craig Kallendorf (399), constituiría una prueba de que mediante estas evocaciones al modelo virgiliano no sólo pueden establecerse paralelos entre Chile y Troya, sino también es posible ver en *La Araucana*, un estudio de los mismos tópicos y usos que emergen de una detenida lectura de la *Eneida*, para el análisis por parte de los autores, sobre las categorías de barbarie y civilización, y las fuerzas que pueden transformar a una en otra.

la imagen del furor y de la indomabilidad de las llamas, en versos perifrásticos que suman además la participación del viento:

Crece la fiera llama en tanto grado
que las más altas nubes encendía;
Tracio con movimiento arrebatado
sacudiendo los árboles venía
y Vulcano al rumor, sucio y tizado,
con los herreros fuelles acudía,
que ayudaron su parte al presto fuego
y así se apoderó de todo luego (VII, 61).

La continuidad del tópico que se advierte en estos versos en un plano estilístico y descriptivo, adquiere luego el tono simbólico que caracterizaba al pasaje virgiliano, que contrastaba una célebre historia con un presente lamentable. La descripción del fenómeno incorpora así los lamentos por la gloria perdida de una ciudad en ruinas:

Piérdese la ciudad más fértil de oro
que estaba en lo poblado de la tierra,
y adonde más riquezas y tesoro
según fama en sus términos se encierra (VII, 56, 1-4).

Los ricos edificios que se desplomaban, tal como relataba Virgilio, se iban también al suelo en Concepción, sugiriendo la imagen de una ciudad que había sido enormemente rica y majestuosa, tanto como para ser comparada con Roma cuando ardía a la vista de Nerón (VII, 62).

Incluso antes de la descripción del saqueo, Ercilla había mencionado las riquezas de Concepción, como sedas, tapices y tejidos de oro y plata (VII, 17-18), contrastando el doloroso presente con un opulento pasado. Así, en el incendio los tiempos confluían, intensificándose el carácter trágico de ese momento (Greer Johnson 239).

No obstante, Concepción no pudo haber sido para ese entonces la ciudad majestuosa y de riquezas a la que se refiere Ercilla. Si bien era una de las principales ciudades fundadas por Valdivia, contaba cuatro años de existencia y estaba lejos de ser la “más fértil de oro” en el mundo.

Su condición puede confrontarse con el testimonio de cartas y crónicas. Gerónimo de Vivar se refiere a este episodio, pero no describe las características de la ciudad (CXIX 178). Y el hecho de que no aluda a los efectos materiales que se perdieron con el abandono, saqueo e incendio de Concepción, ofrece un indicio de que éstos no pudieron haber sido tan significativos (en términos materiales) como los que refería Ercilla.

Similar es el testimonio de los tesoreros de Santiago, que en una carta fechada el 10 de septiembre de 1555, informan al Rey sobre la situación de Chile tras la muerte de Valdivia. En ella aluden, entre otros hechos, al abandono de Concepción, pero no mencionan la destrucción de la ciudad ni el perjuicio material de su pérdida, aun cuando solicitan apoyo económico para consolidar la presencia española en el territorio (Medina CDIHC, 1, XXVIII, VII, 25-29).

Pedro Mariño de Lobera y Alonso de Góngora Marmolejo confirman esta impresión. Ambos se extienden en este acontecimiento, pero especialmente en el despoblamiento de la ciudad, previo a su saqueo, centrándose en el lamento de los españoles y en el temor de la población ante los indígenas, no sólo por haberse visto forzados a huir, sino por lo que ello significaba: “comenzaron a llorar la pérdida de su gente y hacienda y de todo el reino” (Mariño de Lobera XLIX 171).

Góngora Marmolejo detalla algunos de los objetos que los españoles habrían dejado a merced de los indígenas, pero no los describe como bienes de fortuna: “dejando la ropa en sus casas perdida a quien la quisiese tomar, y en la casa de Valdivia la tapicería colgada y las camas de campo armadas, con grande cantidad de ropa y muchas mercaderías y herramientas” (XVII).

Sobre el saqueo, Mariño de Lobera señala que los hombres comandados por Lautaro se apropiaron de “riquezas y muebles de que estaban llenas las casas y tiendas” (L 175), aunque reconoce también que quienes perdieron tales bienes, pudieron recuperarse por la caridad de los vecinos de Santiago. Acerca del incendio, en cambio, sólo indica que “se puso incendio a todo el pueblo; en el cual estuvo por espacio de tres días al fin de los cuales no quedó piedra sobre piedra” (L 175).

De este modo, el hecho de que Concepción haya sido saqueada y destruida es confirmado en estas fuentes, pero los detalles que ofrece Ercilla no comparecen con iguales pormenores en fuentes contemporáneas. La descripción del poeta no debió responder sólo a una voluntad de dejar testimonio de este episodio, sino de cargarlo de sentido. Y para ello se habría inspirado en las fórmulas narrativas que la tradición épica le ofrecía, engalanando a Concepción de una condición material superlativa.

Alonso de Ovalle, por ejemplo, reconocía en 1646 que la ciudad, “por haber estado siempre en frontera de la guerra, no ha podido crecer tanto como la de Santiago” (V 12), agregando que sólo en su tiempo Concepción estaba progresando y enriqueciéndose, no por el oro, sino por el ganado y las curtidurías, “que es la mayor riqueza de Chile” (V 12).

Considerando la ubicación de la ciudad y el continuo asedio de sus enemigos, la construcción característica de Concepción hacia el siglo XVI fue su fortaleza, previa a la traza urbana, mientras que el material de sus edificaciones se reducía a los adobes de tierra por cocer. Esto explicaría que, según testimonio de Gaspar de Salazar, soldado que participó de la guerra de Arauco con Francisco de Villagra (1547-1563), la ciudad habría sido reconstruida tras el incendio, en un plazo de tres meses, periodo

que, o sugiere la precariedad de la urbe, o bien relativiza el daño producido por el mismo incendio¹¹.

Aun cuando tuvo algunos edificios importantes, la relevancia de Concepción habría estado determinada más por su condición política, dada la presencia de la Real Audiencia, que por su importancia material. Así lo afirma Gabriel Guarda, al concluir que “Concepción fue en el siglo XVI una población de carácter irrelevante dentro del conjunto de las ciudades de Chile” (1978, 43)¹². La preeminencia de esta ciudad, así como el impacto que pudo provocar su pérdida en 1554, no deberían entenderse en razón de su valor material, sino de su relevancia política y estratégica, simbolizada en *La Araucana* por los grandes edificios y las incontables riquezas.

En este sentido, la condición poética del pasaje, aun surgiendo de una fuente de inspiración histórica, parece evidente, y puede explicarse por la necesidad de representar esta derrota de acuerdo a lo que significó para el poeta y para los conquistadores. La destrucción de Concepción implicaba la pérdida de un enclave estratégico fundamental, y la causa de tal derrota recaía en el descuido, la soberbia y la avaricia de los propios españoles. Se trata de una opinión que Ercilla comparte con otros autores, tal como se aprecia en el testimonio de Mariño de Lobera:

Y con esta desventura quedó desierta y desamparada la ciudad que era la flor del reino, y estaba en medio de todo él por oasis de su conservación y sustento de la guerra para refrenar a los indios, teniéndole tomado el sitio más conveniente para hacerlos estar a raya. Fue ésta una permisión de Dios por los pecados del reino [...] (IL 172).

La descripción del incendio realizada por Ercilla no sólo respondería a condiciones de estilo. “Ercilla’s presentation of the destruction of Concepción is an excellent example of an instance in which space and time intersect to create meaning” (Greer Johnson 248). Precisamente, la ruina de Concepción representó la culminación de la pérdida del control hispano sobre las tierras de Arauco, proceso que se había iniciado

¹¹ *Memorial de cosas*: Chile, Biblioteca Nacional de Madrid, España, Mss. J53/250.

¹² Guarda, *Historia* 43. Hacia el año 1554, incluso la ciudad de Santiago estaba constituida principalmente por casas de adobe, de madera y de techumbres de paja. La inestabilidad y los continuos enfrentamientos con los indígenas no habían permitido la construcción ininterrumpida de una ciudad definitiva. De acuerdo a Carlos Peña (35-38), sólo hacia 1570 la ciudad se ornaría de casas de dos pisos, de piedra, cal y yeso, y las calles se delimitarían por “casas pardas de interminables murallones” (37). El mismo autor señala que sólo entre 1560 y 1580, “la villa se había vuelto ciudad” (44). En este sentido, desde la fundación de Concepción en 1550, que entonces supuso sólo el levantamiento de edificios provisionales, hasta el año de su saqueo de 1554, ésta no pudo haber constituido una ciudad estable, mucho mayor o mejor que Santiago en la misma época, o incluso en la década de 1570.

con la muerte de Valdivia y que Ercilla interpreta como la sentencia impuesta a los excesos cometidos por los conquistadores (III, 1-6).

Las pérdidas del oro de Concepción simbolizan la de todo aquello que se había ganado en tiempos de Valdivia, época gloriosa que se desplomaba como los edificios de la ciudad. “This idealization of a geographical place is evident not only in Ercilla’s description of the Chilean wilderness but also in his depiction of the city” (Greer Johnson 239). El poeta representa a Concepción inspirándose en los modelos épicos, pero motivado al mismo tiempo por sus ideas de la conquista y su perspectiva crítica sobre la ambición y abusos cometidos por soldados y encomenderos.

Su testimonio se concentra en un lamento que constituye un argumento clásico, y que supone una tensión entre la nostalgia por un pasado y la crítica a un presente cuya derrota se simboliza en la destrucción provocada por el fuego. El incendio de Concepción en *La Araucana* adquiere así un tono que comparte y dialoga con otros grandes episodios de la tradición clásica, amplificando su sentido y elevando su relevancia a una categoría épica, pero resignificando al mismo tiempo el tópico clásico, al agudizar la perspectiva crítica con la que el autor percibió su momento histórico.

Por este motivo, el mismo tópico pudo ser desarrollado en *Purén indómito*, poema que describió el fuego destructor de ciudades para reforzar el carácter trágico de la guerra que lamentaban sus autores. Después de todo, el periodo en el que ambos poetas se enfocaron se caracterizó por la ruina y pérdida de las ciudades y fuertes del sur de Chile. Los testimonios que dan cuenta de esta crisis son numerosos y de diverso tipo, pero la mayoría se concentra en dar evidencia de la tragedia padecida en dicha zona. Para eso, enumeran los saqueos, asedios y despooblamiento, así como los incendios provocados por los indígenas sobre algunas ciudades, o en los caseríos y cultivos circundantes.

Así por ejemplo, la carta de fray Domingo de Villegas, fechada el 23 de octubre de 1599, habla del fuego como parte de una enumeración de los padecimientos hispanos a manos indígenas:

[...] que luego comenzaron a ir sobre los pueblos, particularmente sobre el de La Imperial y el de los Confines, a las cuales pusieron en tanto estrecho alcanzando todos los indios de sus comarcas y hasta el servicio doméstico de sus propias casas, que obligaron a los nuestros a recogerse en algunos flacos fuertes que tenían, quemándoles las casas de sus viviendas, les arruinaron los pueblos e los conventos e iglesias que en ellos tenían, llevándoles los ganados de las estancias donde estaban, quemándoles las comidas y casas de campo en que las tenían (Medina CDIHC, 2,V 141).

Así también Francisco de Quiñones recogió el testimonio de algunos vecinos de Concepción para informar sobre la condición de Chile a su arribo como gobernador:

[...] habiendo llegado a esta ciudad de la Concepción halló a todos los moradores della amedrentados del enemigo, con las armas en las manos y quemadas las

estancias y robada la ciudad... y perdido el fuerte de Biobío del pasaje de la ciudad de Angol y la dicha ciudad quemada... y por el consiguiente quemadas y asoladas las ciudades Imperial y Rica, y los moradores dellos hechos fuertes en casas particulares (Medina CDIHC, 2,V, 153).

Los principales incendios registrados en el periodo comprendido entre la muerte de Oñez de Loyola y la gobernación de Quiñones, fueron los de Angol (10 de octubre de 1599), Valdivia (24 de noviembre de 1599), Osorno (19 de enero de 1600) y Villarrica (7 de febrero de 1602). La ciudad de La Imperial, en tanto, fue atacada el 9 de abril de 1600 (Urrutia y Lanza 26).

Sin embargo, ningún testimonio, a excepción de los poemas épicos, registra en detalle los incendios urbanos, sino sólo como parte del proceso de pérdida del dominio español sobre Arauco, tal como demuestran los documentos citados. El fuego no constituyó en tales casos, materia de atención específica para sus autores.

A diferencia de ellos, *Purén indómito* ofrece un par de episodios que se concentran en los incendios como principal agente de destrucción y pérdida para los españoles. El primero figura en el canto IX y paradójicamente refiere al incendio de La Imperial, ciudad que los demás testimonios no mencionan como víctima del fuego, sino principalmente del asedio y del despoblamiento¹³.

La Imperial habría estado prácticamente abandonada a comienzos de 1600, tras la muerte del capitán Andrés Valiente, y en eso concuerdan los diversos testimonios. No obstante, Diego Arias agrega que tras saquear la ciudad y animados por el vino, los indígenas habrían comenzado a prender fuego a los templos (IX 77, 8).

Su alusión se inicia centrándose en los elementos que contribuyen a la magnificación del escenario y a la amplificación de la tragedia que representa la pérdida de dicha ciudad, imagen que se refuerza cuando el poeta menciona a “los altos edificios por el suelo” (IX 79, 3), propios de una ciudad antes gloriosa y abandonada en ese presente al arbitrio de los mapuches.

Quizás por este motivo, el incendio de Troya no es el único que el poeta rememora, sino que también evoca el fuego de Cartago, como otra grandiosa ciudad que perdió su esplendor entre las llamas, víctima de sus propios errores. En este sentido, los casos evocados y aquel descrito, no parecen tener mayores diferencias. El fuego resulta tan devastador, que parece ser el mismo para los casos del mundo antiguo como para La Imperial, entregada también “a la furia de Vulcano” (IX 78, 8).

¹³ Sólo Diego de Rosales (VI, X, II, 691) y Diego Barros Arana (III, XV, 249-250) indican explícitamente que La Imperial fue víctima del fuego, aunque de manera parcial, abarcando los conventos, según Rosales, y las casas de los alrededores, según Barros Arana. No obstante, la información de este último se basa en el testimonio de *Purén indómito*, lo que explica que coincidan en un testimonio que se detiene a mencionar el fuego provocado por el ataque indígena.

Luego, el poeta da espacio a los lamentos, dedicados a la grandeza perdida de la ciudad entonces en llamas:

Recibieron los nuestros pena y duelo
de ver los monasterios abrasados,
y a una ciudad antigua y tan nombrada
deshecha, consumida y abrasada (IX, 79, 5-8).

La imagen de este incendio, aunque breve, ofrece una representación del mismo carácter que el que definió la pérdida de Troya y de Cartago. El saqueo de La Imperial se presenta como la acción impía de los bárbaros, que según el poeta, se habrían ensañado especialmente con los templos, acabando con la magnificencia de la ciudad, símbolo del antiguo poder hispano.

Después de todo, el poema en su totalidad es una obra que lamenta las continuas pérdidas sufridas por los españoles, en gran parte como consecuencia de los propios errores de los conquistadores y encomenderos, sumidos en la codicia y la soberbia, lo que justificaría finalmente la llegada de Francisco de Quiñones.

El incendio, en este sentido, se presenta como un recurso literario y discursivo adecuado al tono que el poeta pretendía para su obra, abriéndose espacio como un tópico que en documentos de otra naturaleza, no tendría la misma cabida.

Por eso, el caso de La Imperial no es el único descrito por Diego Arias. Un segundo incendio posee similares connotaciones. Se trata del saqueo y ruina de la ciudad de Valdivia, cuya desgracia es comparada en forma explícita con los más clásicos incendios de la Antigüedad:

No con tanta crueldad el pueblo griego
hizo en Troya el sangriento y cruel estrago,
y la hueste romana cuando al fuego
entregó al infelice de Cartago,
como este vando cruel, aleve y ciego,
aqueste día triste y aciago,
si Nerón, Sila y Gávalo, le vieran
de lástima y dolor se enternecieran (XIX 34).

La impiedad de los indígenas protagoniza nuevamente el saqueo, haciendo víctima de su codicia a los templos y tesoros, elementos que, como en los casos anteriores, concentran la atención del poeta por sobre la imagen más generalizada que podría haberle servido para representar a la ciudad en su totalidad:

No dejaron los pérfidos malvados
tesoro en la ciudad que no robasen,
ni conventos, ni templos consagrados
que con furia inclemente no abrasasen (XIX 36, 1-4).

Sin embargo, y a diferencia de Concepción, La Imperial y Valdivia habrían sido, durante el siglo XVI, las más prósperas y ricas del Reino de Chile (Guarda, *Historia* 54). En el relato de Arias no parece haber, en este sentido, una distancia tan extrema entre el aspecto que factualmente debieron tener ambas ciudades, con el testimonio que el poema ofrece.

En el caso de Valdivia, ésta habría alcanzado un destacable desarrollo urbano durante el siglo XVI, ornada de diversos edificios antes del saqueo, caracterizados por una construcción basada en materiales que aseguraban su firmeza: cal y canto, piedra y techos de madera (Guarda, *Una ciudad* 29-46). Esa misma estructura es la que habría evitado la destrucción de tales edificios por el incendio. La Iglesia Mayor, por ejemplo, sólo habría sufrido la destrucción de su techumbre, tal como indica Diego de Rosales:

Los edificios fueron de cal, y canto, y otros de unas lajas como pizarras, que se traían en barcos y canoas río arriba de una mina, o cantera mui abundante y asentadas con barro, quedaban perpetuas, como si estuvieran con cal, y con auerse arruinado la ciudad, perseveraron las paredes enteras, y tan firmes, que quando se voluió a poblar después de muchos años, las hallaron tan enteras, como quando se acabaron de haçer (III, 25, I, 409).

De acuerdo al testimonio de Rosales, los estragos del fuego no habrían sido tan graves como los del saqueo y abandono de la ciudad, pero en el poema vienen a simbolizar la derrota implícita en este acontecimiento. En este sentido, hay un esfuerzo del poeta por fijar su atención únicamente en los grandes edificios, sobre todo en los templos, estructuras que precisamente evocan el carácter cristiano del bando en desgracia, y que remiten a la grandeza pasada de un territorio perdido y en ruinas.

Sus versos se quedan así en un objeto de atención similar al que ya había fijado Virgilio cuando se refería a Troya, especialmente por la relevancia que desde entonces se le reconocería a la derrota y a la destrucción de las ciudades a fines del siglo XVI: “Para los historiadores contemporáneos a los hechos, se trató del desastre más grande ocurrido en esta colonia y quizás en los Reynos de España en América” (Bengoa 322).

El incendio se presenta en *Purén indómito*, como una encrucijada en la que convergen nuevamente la gloria pretérita y la ruina presente. El poeta se detiene en las riquezas en manos de los saqueadores, pero que hablan simultáneamente del lujo que una vez alcanzaron los habitantes españoles, en una proporción que, pese a su fundamento histórico, es objeto de superlación literaria:

La suma de riquezas que trajeron
no sé con quién podré yo compararla,
por ser innumerable la riqueza
de este infelice pueblo y la braveza (XIX 42, 5-8).

Los versos generan así una tensión que surge de la infelicidad y tragedia de un pueblo otrora glorioso. No obstante, el poeta no se queda en la victimización total de los españoles ni remite en último término a la inhumanidad de los saqueadores. El canto siguiente se abre con la inculpación de los colonos del sur de Chile, cuyos excesos e imprudencia habrían sido la causa última de su tragedia:

Por un descuido y necia confianza,
Cuanto ganado en mil años habemos,
Cuando tememos menos la mudanza,
En una hora sola lo perdemos (XX 2, 1-4).
En este reino mísero reinaban
Insultos, fraudes, trampas, odios, iras,
Adulterios, incestos no faltaban,
Envidia, ambiciones, ni mentiras (XX 58, 1-4).

El tópico del incendio en *Purén indómito* debe comprenderse en la misma línea discursiva desarrollada por Ercilla. Ambos se detienen en los efectos del fuego y magnifican su importancia mediante las fórmulas narrativas ofrecidas por la tradición épica clásica. Así, al igual que en la epopeya grecorromana, el tópico sirve para la simbolización del proceso de crisis y decadencia de unas ciudades cuya gloria se pierde por el descuido o el pecado de sus propios habitantes.

CONCLUSIONES

Claramente, el carácter épico de los poemas permite a sus autores representar cada episodio en su magnificación. Hechos de relativa relevancia para la guerra de Arauco, adquieren tonos heroicos, cuyo valor se refuerza mediante ciertas fórmulas ofrecidas por las obras clásicas, fundamentalmente la *Eneida*.

Los saqueos e incendios de las ciudades del sur de Chile no pueden haberse desarrollado en la escala que los poetas describen. Sin duda, eran importantes urbes para la situación española en Chile durante el siglo XVI, pero no pudieron haber sido las más prósperas de la tierra. Con todo, su pérdida debió haber impresionado a los testigos, entre ellos a los poetas, y su significado pudo inspirar los versos dedicados a este tópico.

Los altos edificios, los múltiples templos y las infinitas riquezas forman parte de un imaginario clásico que constituye al incendio urbano en un tópico cuyo sentido trasciende al daño material causado por el fuego. La magnificencia de las ciudades

simboliza la gloria de sus habitantes, dilapidada con el ataque de los enemigos. El incendio no implica sólo la pérdida de una urbe, sino una derrota política, estratégica y moralmente relevante.

Los relatos recogidos ofrecen una imagen de los hechos inspirada en el modelo clásico virgiliano, pero su uso no parece remitirse únicamente a una razón estilística, sino que trascienden al tópico como instrumento literario para recurrir a él como una narración cargada de sentido. Se trata de una imitación que escapa de la recepción pasiva del modelo clásico y que se sirve de la tradición literaria para dar un testimonio histórico e interpretativo de los hechos de la guerra de Arauco.

De esta manera, la representación de este conflicto y de la conquista de Chile a partir del modelo de los poemas clásicos, puede considerar el nivel literario y la perspectiva filológica y retórica como puntos de partida, que sugieren un nivel de influencia más profundo, y que por lo mismo, requieren de una perspectiva de análisis histórica, conceptual y discursiva.

Mediante recursos como el tópico de los incendios, la historia de la guerra de Arauco se poetiza y adquiere un sentido a través del cual el poeta comprende, representa y aprecia los acontecimientos narrados, otorgándoles un valor que trasciende los particularismos del conflicto histórico.

Los tópicos subjetivan así la historia, pero al mismo tiempo, la cargan de sentido. Si bien es cierto, los incendios formaban parte del proceder indígena para recuperar sus dominios, su provocación no constituyó regularmente un objeto de atención para los autores de crónicas y de informes, como sí lo fue para los poetas. El potencial poemático de los incendios permitió a estos últimos no sólo dejar testimonio de tales acontecimientos, sino apropiarse de ellos como símbolos de un conflicto más amplio y complejo, que además de constatarse, merecía también interpretarse, valorarse y criticarse.

Los pasajes analizados constituyen, en consecuencia, una fuente complementaria al testimonio derivado de crónicas y cartas. A partir de la descripción de hechos como los incendios urbanos, los poemas dan cuenta de la vivencia personal y cultural de sus autores, que cargan de sentido y valoración a los hechos históricos de la guerra de Arauco.

BIBLIOGRAFÍA

- Almeyda, Aniceto. *El autor del Purén indómito*. Santiago: Imprenta Universitaria, 1944.
- Arias de Saavedra, Diego. *Purén indómito*. Santiago: Biblioteca Nacional, 1984.
- Barraza, Eduardo. *De La Araucana a Butamalón. El discurso de la conquista y el canon de la literatura chilena*. Valdivia: Andros, Anejo 17, 2004.
- Barros Arana, Diego. *Historia general de Chile*. Santiago: Imprenta Cervantes, 1884.

- Beardsley, Theodore. *Hispano-Classical Translations Printed Between 1482 and 1699*. Pennsylvania: Duquesne University Press, 1970.
- Bengoa, José. *Historia de los antiguos mapuches del sur*. Santiago: Catalonia, 2003.
- Bettin, Giancarlo. *Per un repertorio dei temi e delle convenzioni del poema épico e caballeresco: 1520-1580*. Venezia: Instituto Veneto di Scienze, Lettere ed Arti, 2006.
- Chevalier, Maxime. *Lectura y lectores en la España del siglo XVI*. Madrid: Turner, 1976.
- Concha, Jaime. "El otro nuevo mundo". *Homenaje a Ercilla*. Concepción: Universidad de Concepción, 1969: 31-82.
- Cueva, Agustín. "El espejismo heroico de la conquista. Ensayo de interpretación de *La Araucana*". *Casa de las Américas* 110 (1978): 29-40.
- Ercilla y Zúñiga, Alonso de. *La Araucana*. Madrid: Editorial Cátedra, 2002.
- Gerli, Michael. "Elysium and the Cannibals: History and Humanism in Ercilla's *La Araucana*". *Renaissance and Golden Age Studies in honor of D. W. McPheeters*. Maryland: Scripta Humanistica, 1986: 82-93.
- Gómez Moreno, Ángel. *España y la Italia de los humanistas. Primeros ecos*. Madrid: Gredos, 1994.
- Grafton, Anthony. "El lector humanista". *Historia de la lectura en el mundo occidental*. Madrid: Taurus, 2004.
- Greer Johnson, Julie. "Ercilla's construction and destruction of the city of Concepción: a crossroads of imperialist ideology and the poetic imagination". *Mapping Colonial Spanish America. Places and Commonplaces of Identity, Culture and Experience*. London: Buknell University Press, 2002: 237-250.
- Grismer, Raymond. "Introduction to the classical influence on the literatures of Spain and Spanish America (a bibliographical study)". *Estudios de Filología e Historia Literaria* V (1949): 433-446.
- Guarda, Gabriel. *Historia urbana del reino de Chile*. Santiago: Andrés Bello, 1978.
- Guarda, Gabriel. *Una ciudad chilena del siglo XVI. Valdivia 1552-1604. Urbanística, res pública, economía, sociedad*. Santiago: Ediciones Universidad Católica de Chile, 1993.
- Kallendorf, Craig. "Representing the other: Ercilla's *La Araucana*, Virgil's *Aeneid*, and the New World encounter". *Comparative Literatura Studies* 40, (2003): 394-414.
- Kohut, Karl. "El humanismo español y América en el siglo XVI". *Actas del X Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas* 1, Barcelona: PPU, 1992: 475-483.
- Lagos, Ramona. "El incumplimiento de la programación épica en *La Araucana*". *Cuadernos Americanos* 40 (1985): 157-191.
- Lausberg, Heinrich. *Elementos de retórica literaria*. Madrid: Gredos, 1983.
- McManamon, James. *Echoes of Virgil and Lucan in the Araucana*. Illinois: UMI Dissertation Services, 1955.
- Lucano. *Farsalia*. Madrid: Gredos, 2001.
- Mariño de Lobera, Pedro. *Crónica del Reino de Chile*. Santiago: Imprenta del Ferrocarril, 1865.

- Medina, José Toribio. *Colección de documentos inéditos para la Historia de Chile*. Primera Serie (CDIHC). Santiago: Imprenta Elzeveriana, 1901.
- Medina, José Toribio. *Colección de documentos inéditos para la Historia de Chile*. Segunda Serie (CDIHC). Santiago: Fondo Histórico y Bibliográfico José Toribio Medina, 1956.
- Menéndez y Pelayo, Marcelino. *Bibliografía hispano-latina clásica*. Madrid: Estudio tipográfico de la viuda e hijos de M. Tello, 1902.
- Micó, José María. “La época del Renacimiento y del Barroco”. *Historia de la traducción en España*. Salamanca: Ambos Mundos, 2004: 175-208.
- Miniconi, Jean-Pierre. *Étude des thèmes «guerriers» de la poésie épique grégoromaine suivie d'un index*. París: Les Belles Lettres, 1951.
- Pastor, Beatriz. *El segundo descubrimiento. La conquista de América narrada por sus coetáneos (1492-1589)*. Barcelona: Edhasa, 2008.
- Peña, Carlos. *Santiago de siglo en siglo: comentario histórico e iconográfico de su formación y evolución en los cuatro siglos de su existencia*. Santiago: Zig-Zag, 1944.
- Petrucchi, Armando. *Escribir y leer en el siglo de Cervantes*. Barcelona: Gedisa, 1999.
- Ovalle, Alonso de. *Histórica relación del Reino de Chile*. Santiago: Pehuén, 2003.
- Rodríguez, Mario. “Estructura del Purén indómito, de Álvarez de Toledo”. *Boletín de Filología* XVI (1964): 145-170.
- Rodríguez, Mario. “Un juego de ajedrez mal entablado: las estrategias del poder en Purén indómito”. *Acta Literaria* 25 (2000): 101-121.
- Rosales, Diego de. *Historia general del reino de Chile, Flandes Indiano*. Santiago: Andrés Bello, 1989.
- Salazar, Gaspar de. *Memorial de cosas: Chile*. España: Biblioteca Nacional de Madrid, Mss. J53/250.
- Urrutia, Rosa y Lanza, Carlos. *Catástrofes en Chile, 1541-1992*. Santiago: La Noria, 1993.
- Virgilio. *Eneida*. Edición bilingüe. Trad. Aurelio Espinosa Polit. Madrid: Cátedra, 2003.
- Vivar, Gerónimo de. *Crónica y relación copiosa y verdadera de los reinos de Chile*. Santiago: Fondo Histórico y Bibliográfico José Toribio Medina, 1966.